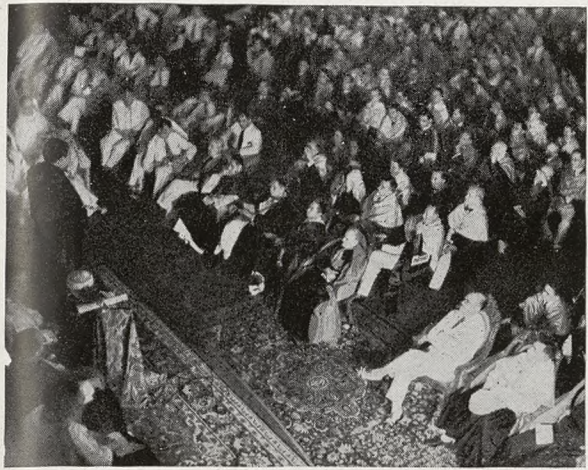




José María Pemán en su "apeadero" de Madrid. Abajo, el hasta hace poco presidente de la Real Academia en uno de sus discursos, en el teatro Politeama, de Buenos Aires.



García Sanchiz en un rincón de su biblioteca. A la izquierda, el charlista español es investido como doctor "honoris causa" en la Universidad de Sto. Tomás, de Manila.



una vez más... en América

JOSE MARIA PEMAN

José María Pemán, nacido en Andalucía, por tierras de Cádiz, ha sido hasta hace poco director de la Real Academia Española de la Lengua. Orador, poeta, dramaturgo y novelista, es una de las más populares figuras literarias españolas. Sus últimos triunfos los ha conquistado en el terreno dramático, al que ahora se dedica intensamente, con *La Casa*, *Vendimia* y otras comedias.

Este que veis aquí, caballero lector, de rostro aguileno, pelo plateado y ojos penetrantes; ni tan alto que desdiga de su raza, ni tan bajo que le falte gallardía; el color más bien fastidioso y la expresión ancha y abierta, que va diciendo con su habla que nació en Andalucía, llámase José María Pemán, señor de la pluma y de su ánimo. Hace ya cincuenta años que vive para los hombres y para la poesía. Y así, este 1947 que nos acaba de terminar, le ha dado el doble triunfo de su carrera: bodas de plata de un hogar donde hay nueve hijos para continuarle y el primer volumen—poesía completa—de sus obras literarias.

Pemán ha nacido después. Desdanzando esas infantiles anécdotas vagas que hacen terriblemente pendientes las biografías, él mismo ha confesado que su nacimiento fue allá por el año 1917... Es decir, el día en que por primera vez pronunció un discurso en público, sintiendo en torno a sí ese presentimiento que nos dice que acaso hemos encontrado nuestro camino.

Por entonces, José María Pemán, estudiante de leyes, iba aclarando su vocación en aquella atmósfera andaluza de los años tranquilos de la postguerra. Hasta que termina su carrera y en un desahogo espontáneo de toda la ilusión que le bulle por dentro, se doctora en ciencias jurídicas con una tesis que es símbolo de evasión: "Ensayo sobre las ideas filosóficas-jurídicas de la República de Platón", donde, el mismo Pemán ha confesado, había mucho más de filosófico que de jurídico y era, en realidad, un subterfugio inconsciente para evadirse hacia mundos que le resultaban más gratos. Luego, ha venido la vida y la obra hasta formar este hogar y estos volúmenes que dan sentido y razón al José María Pemán de hoy: poesía, teatro, cuentos, oratoria, un sillón de la Academia, muchos hijos y, arriba de todo, Dios.

Ya quedan lejos aquellos primeros libros de versos ("De la vida sencilla", "A la rueda rueda", "Señorita del mar") con los que Pemán gana la atención de los lectores de España, que, poco después, van a verle triunfar en la oratoria y en la prosa, con esos deliciosos e inconfundibles artículos y cuentos que, desde entonces, no ha dejado de publicar. Crece la fama del Pemán orador desbordando entusiasmo cuando surge "El Divino Impaciente", y a partir de entonces sigue ya por el cauce dramático principalmente en la espléndida y fecunda labor de su pluma: "Cuando las Cortes de Cádiz", "Cisneros", "Noche de levante en calma", "La Santa Virreina", "Metternich", "El testamento de la mariposa", "La Casa", "Vendimia"... A otro lado quedan sus poesías y por en medio, el mismo, con gesto elegante y persuasivo, ganándose el título de primer orador de España.

En estos días, Pemán acaba de renunciar a la dirección de la Real Academia para entregarse mejor a su propia obra, que ahora, más que nunca, alcanza límites inagotables en calidad y cantidad. Día a día, nos va sorprendiendo con una nueva producción. Los críticos se pierden en tanta fecundidad y el —dnde andaluz de nuestra literatura— se divierte un poco en ese juego de asombros que con tanta facilidad juega. Porque Pemán sabe muy bien que el lector sencillo siempre le entiende. Ahora, José María Pemán vuelve a cruzar el Atlántico rumbo a América, donde otra vez, como hace pocos años, volverá a encender el entusiasmo de cuantos le escuchan. Y en estos días preparatorios del viaje, hemos querido visitarle para conocer un poco su figura humana y poder dar a nuestros lectores el secreto de su triunfo. Ver a José María Pemán es mucho más difícil de lo que parece. Porque dentro de su vida, que corre entregada a una actividad tan intensa, hay tres residencias que comparten su labor: Cádiz; la finca de "El Corro", en Jerez

de la Frontera, y Madrid. Su "apeadero", como él dice, que utiliza para vivir los escasos días que se detiene en la capital. Pemán, como buen andaluz campero, está convencido de que, para escribir, hace falta por lo menos el sosiego provinciano de su residencia familiar, o el contacto directo con lo absoluto del campo, que allá, en la lejanía, presiente el mar de América. Le hemos visitado en Madrid y hemos tenido la suerte de que nos recibiera completamente en la intimidad. Pemán, con su secretario, está en una sala, ocupada por una amplia mesa, sobre la cual se van extendiendo cuartillas y cuartillas, que la desbordan y pasan al suelo y a unas sillas, que, alineadas en un extremo, han sido bautizadas con pomposos nombres: "Dictadura", "República", "Movimiento"... para ir recibiendo cada una rimeros de hojas escritas. Con disimulo, intentamos leer algún título, pero Pemán viene a saludarnos, adviniendo nuestra curiosidad. —Son las obras completas. Perdoneme que le reciba así, pero estamos agobiados con la preparación del tomo III, en el que irán los artículos. Hay detrás de esta sonrisa de Pemán un noble gesto de complacencia, cuando nos señala aquel material enorme, que acaso le haya crecido, sin darse cuenta, como un hijo que se desarrolla demasiado aprisa. —Sabemos, D. José María, que venía retrasando este viaje desde hace algunos meses. ¿Quiere decirnos por qué se ha decidido a realizarlo? —Lola Membrives me rogó repetidamente que no dejara de asistir a los estrenos míos que va a presentar en Buenos Aires. Además de "Vendimia", que ella estrenó, piensa poner en escena "La Casa" y "La Verdad", estrenadas en España por Concha Gatalá. Comprometido con la Membrives a asistir a estos estrenos, he decidido ampliar mi viaje para poder dar las conferencias que me tenían solicitadas. —¿Cuándo estuvo la última vez en América? —Hace ya siete años. Fueron dos meses y dieciocho días de estancia. Di cincuenta y cuatro conferencias, sin contar otras innumerables intervenciones menores. —¿De cuáles guarda un recuerdo especial? —¡Son tantas...! ¡Qué sé yo! Acaso la de San Ignacio de Loyola, en el Teatro Municipal de Santiago de Chile, en el que hubo que colocar incómodas sillas en el escenario porque toda la sala estaba abarrotada. También la conferencia sobre poesía en el Jockey Club, con altavoces en todos los salones. Son muchos y muy entrañables los recuerdos que guardo de aquel continente, del que soy un enamorado. Habla Pemán en esa charla íntima de su despacho revuelto, que acaso sea la que más diga de su brillante y humana personalidad. Y continúa: "Hispanoamericanismo" de hace treinta, se asombra uno del camino recorrido, en su madurez y densidad, por la idea y la realidad del mundo hispánico. Cuando estuve hace siete años en América, la última vez, era un desideratum que todos aquellos escritores y estudiosos amigos visitaran España. A estas alturas, casi todos la han visitado ya. Cordialísimamente, nos ha hablado sin prisas y en estos apuntes hemos recogido su charla. Queríamos saber cómo vive un día de trabajo este hombre que tanto sabe alargar las horas y su secreto es bien sencillo. Pemán empieza el día muy temprano; en seguida se pone a escribir —siempre a mano— y las cuartillas pasan directamente a la imprenta. A continuación llega el despacho con sus secretarios. Son innumerables las cartas —algunas curiosísimas— que a diario se amontonan sobre su mesa. Pemán contesta todas, lee los originales que le envían, atiende a muchos, dedica autógrafos. Todo esto debe traer un trabajo intensísimo y, queriendo conocer a este Pemán un poco burocrático, hemos querido preguntarle a su secretario. Pero el Pemán de "despacho" es el mismo: sólo quiere rapidez y exactitud... Su secretario nos ha confesado que sus mejores recuerdos son precisamente de estas horas, en las cuales, entre carta y carta, un comentario o una respuesta viva dicen, sin dudar alguna, lo mejor del ingenio de Pemán. Después del almuerzo, viene el descanso y el paseo. Allí, por el campo, en la charla directa con los labradores han nacido muchas páginas suyas. En la ciudad son inalterables los dos puntos extremos: levantarse muy temprano y retirarse temprano también. Pero entonces todo su horario se rompe en mil pedacitos, abrumado por las visitas, comidas, estrenos... Así, con esta sencillez, vive Pemán sus días recreándose en un trabajo constante. Con la misma callada constancia de los campos que le han visto nacer, que germinan la semilla oculta y siempre ganan su primavera.

—¿Cuántos libros de trabajo del charlista, más libros, entre ellos una colección de tomos que tratan de América, García Sanchiz sigue la máxima del Maestro Avila: "No predicar sin estudio". Mientras sale García Sanchiz, yo dejo mis cuartillas sobre su mesa y me dedico a brujular por la sala. Hay cuadros, esculturas, bargueños... Sobre una tabla litúrgica del siglo XV, que cuelga de la pared, se destaca un Cristo bizantino; en lo alto, un antiguo relieve popular de azulejos, que representa a San Vicente Ferrer, y debajo, en su marco y pendiente de un cordón franciscano, un autógrafo del Cardenal Cisneros. Hay tres lienzos de Sorolla, el valenciano de pupila genial, cuadros de Benedito, Pinazo, Domingo, Leczano, de Gonzalo Bilbao, de Vicente López, y esculturas de Murria y Benlliure. Y hay unas boleadoras de la Pampa y un rebenque... Ya está frente a mí García Sanchiz. Se acomoda en su sillón. Se disculpa: —¿Le he hecho esperar mucho? Perdoneme. —¿No, no...! He estado mirando los libros, los cuadros... —¿Qué quiere usted de mí? —Quería —respondiendo— que me hablara usted de su próximo viaje a América. Antes de contestarme, Sanchiz me ofrece un habano, y él toma otro de la caja. Son las arras del diálogo. Pero así como mi cigarro es dócil a la lumbre, el de Sanchiz chisporrotea, se niega a arder y lanza llamaradas que alumbran la cara del gran orador, negándose el cigarro a convertirse en ceniza. Pero Sanchiz se obstina: una cerilla, otra, otra... Por fin, arde. Yo le pregunto: —¿Cuántas veces ha estado usted en América? —He cruzado el Atlántico veinte veces, y seis el Pacífico, de las costas americanas a las asiáticas. —¿Cuándo fue su primer viaje? —Mi primer viaje, por lo que se refiere a América, fue en el año 1924. Antes estube en Filipinas, adonde he vuelto, y en donde fui nombrado doctor en Letras "honoris causa" de la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás, de Manila, solemnidad en la que propuse que se fundara una cátedra de la Hispanidad, como así se hizo, siendo ella la misma que ha habido hasta ahora, si bien la cátedra "Ramiro de Maestu", de la Universidad de Madrid, de reciente fundación, significa lo mismo, aunque perfeccionado. —Ya sé el extraordinario éxito de la temporada oral que realizó usted el pasado invierno en Buenos Aires, durante cinco meses. ¿Cuántas charlas pronunció usted? —Cuarenta, con otros tantos temas, naturalmente. —¿Y todo lo realizó por su propia iniciativa? —Todo, y con mis exclusivos medios. Verdad es —agrega García Sanchiz,

X A V I E R D E J A S O

GARCIA SANCHIZ

La figura de García Sanchiz es sobradamente conocida en América. Nacido en Valencia, sus actividades literarias se centraron en la "charla", género oratorio del que puede considerarse como creador. La charla consiste en hablar al público —en tenerle prendido, absorbo— durante dos horas... En hablarle de las calles de Buenos Aires, de las islas del Pacífico o de los naranjos de Valencia.

Aprieto el blando botón del timbre y aparece una esbelta doncellita. —¿El Sr. García Sanchiz? —Pase usted. Dos perritos, como dos bolitas peludas, se mueven en el largo pasillo. Uno de ellos, el más osado, ensaya unos ladridos; el otro, asustado, se esconde en una habitación. —Tenga la bondad de esperar un momento. Ahora saldrá el señor. Y la doncella me deja en el cuarto-estudio de García Sanchiz. Yo voy leyendo en los tejuelos de los libros del gran armario-librería que ocupa todo un lienzo de pared: grandes libros, abultados, de nuestros clásicos, pegados hombro con hombro; viejas y raras ediciones; encuadernaciones bellísimas, cuyo exorno externo nos invita a la reverencia. Y sobre la mesa de trabajo del charlista, más libros, entre ellos una colección de tomos que tratan de América. García Sanchiz sigue la máxima del Maestro Avila: "No predicar sin estudio".

Mientras sale García Sanchiz, yo dejo mis cuartillas sobre su mesa y me dedico a brujular por la sala. Hay cuadros, esculturas, bargueños... Sobre una tabla litúrgica del siglo XV, que cuelga de la pared, se destaca un Cristo bizantino; en lo alto, un antiguo relieve popular de azulejos, que representa a San Vicente Ferrer, y debajo, en su marco y pendiente de un cordón franciscano, un autógrafo del Cardenal Cisneros. Hay tres lienzos de Sorolla, el valenciano de pupila genial, cuadros de Benedito, Pinazo, Domingo, Leczano, de Gonzalo Bilbao, de Vicente López, y esculturas de Murria y Benlliure. Y hay unas boleadoras de la Pampa y un rebenque... Ya está frente a mí García Sanchiz. Se acomoda en su sillón. Se disculpa: —¿Le he hecho esperar mucho? Perdoneme. —¿No, no...! He estado mirando los libros, los cuadros... —¿Qué quiere usted de mí? —Quería —respondiendo— que me hablara usted de su próximo viaje a América. Antes de contestarme, Sanchiz me ofrece un habano, y él toma otro de la caja. Son las arras del diálogo. Pero así como mi cigarro es dócil a la lumbre, el de Sanchiz chisporrotea, se niega a arder y lanza llamaradas que alumbran la cara del gran orador, negándose el cigarro a convertirse en ceniza. Pero Sanchiz se obstina: una cerilla, otra, otra... Por fin, arde. Yo le pregunto: —¿Cuántas veces ha estado usted en América? —He cruzado el Atlántico veinte veces, y seis el Pacífico, de las costas americanas a las asiáticas. —¿Cuándo fue su primer viaje? —Mi primer viaje, por lo que se refiere a América, fue en el año 1924. Antes estube en Filipinas, adonde he vuelto, y en donde fui nombrado doctor en Letras "honoris causa" de la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás, de Manila, solemnidad en la que propuse que se fundara una cátedra de la Hispanidad, como así se hizo, siendo ella la misma que ha habido hasta ahora, si bien la cátedra "Ramiro de Maestu", de la Universidad de Madrid, de reciente fundación, significa lo mismo, aunque perfeccionado. —Ya sé el extraordinario éxito de la temporada oral que realizó usted el pasado invierno en Buenos Aires, durante cinco meses. ¿Cuántas charlas pronunció usted? —Cuarenta, con otros tantos temas, naturalmente. —¿Y todo lo realizó por su propia iniciativa? —Todo, y con mis exclusivos medios. Verdad es —agrega García Sanchiz,

sonriente— que, por ejemplo, en la Radio se me colizaba como al mayor dios de la ópera: Beniamino Gigli. —Una pausa y mi interlocutor dice, arrepentido: —Pero eso no lo ponga usted, Parecería jaquetencia. —Bueno. Ya está borrado. Ahora, Sr. Sanchiz, creo que se propone usted coronar su obra de un modo supremo. Me he enterado que piensa hacer un nuevo viaje por el continente americano, con arreglo al vocablo que usted ha creado y popularizado: "españolear". Después del sentimiento peninsular, y del sentimiento continental por América, el sentimiento universal hispano-parlante. Y ¿cuándo comenzará usted la nueva jornada? —Dentro de poco saldré para América. Mi travesía número veintiuna. Comenzaré por Cuba y terminaré en la Argentina, entrando en ella por los Andes. —¿Cuáles son ahora sus propósitos? —Como quiera que los países hispanoamericanos no se conocen entre sí a no ser por libros y noticias fragmentarias, mi propósito es ir dando a conocer, en cada gran ciudad americana, las restantes del Continente: en la Habana, hablaré de Buenos Aires; en Méjico, de la Habana y Buenos Aires; en Managua, de la Habana, Buenos Aires y Méjico, etc. Será la lanzadera del telar de la cordialidad, a la que me lleva mi amor encendido a aquellos grandes países, y la gratitud y la esperanza en un futuro total de nuestra cultura. Además, informaré acerca de las grandes y descolantes figuras de cada país, pues en Hispanoamérica hay un plantel glorioso de hombres extraordinarios; también describiré la vida social, etc. —Esto no se ha hecho ni se ha intentado nunca... —No, señor, y creo que debe hacerlo un español, que se derrama en amor a aquellas tierras hermanas y que se interesa por igual por todas las Repúblicas...

—Usted, Sanchiz —interrumpo—, es ya un antiguo viajero del Continente americano, con lo cual tiene ya, de antemano, una idea panorámica del conjunto. A mi juicio, el momento es oportuno. —Sí, señor, eso creo yo —agrega Sanchiz—; el momento no puede ser más oportuno. Hay en el Continente un vago anhelo de identificación, y las "charlas" de este gran ciclo, que se iniciará pronto, no harán sino facilitar ese anhelo, robustecerlo y definirlo. —¿Usted se costea con su trabajo la trascendental misión? —Sí, señor, desde luego. Todo ello no gravará en nada la economía de ninguno de los países que yo visite. Hasta ahora, gracias a Dios y a la Virgen de los Desamparados, mi patrona, aquellos grandes pueblos americanos pagan con amor mi amor a ellos, y el mejor público llena los teatros cuando yo hablo. No recorro, pues, a subvenciones, por lícitas que sean. Y agrega: —Ese amor a aquellas tierras, mi encendido americanismo, mi admiración a aquellos países, y la cordialidad que encuentro siempre en ellos, son las alas que me llevan allá.

García Sanchiz termina con un suspiro de cariño y de nostalgia. Sólo hay una novedad en este trascendental viaje en cuanto al procedimiento. El Instituto de Cultura Hispánica, que espontáneamente regaló a García Sanchiz las insignias reglamentarias de la Gran Cruz de Isabel la Católica, ha querido asociarse a la lrica y aun épica empresa, digna de otros tiempos. Y respetado en absoluto las ideas y programas de Sanchiz, le brinda su organización y le presta su autoridad, con lo que el viaje adquiere expresión nacional. No va García Sanchiz enviado por el Instituto, pero el viaje se realiza en perfecta armonía con el Instituto de Cultura Hispánica. Termina nuestra entrevista con García Sanchiz, que se lanza de nuevo por los caminos del mundo a "españolear". Gran tarea la que inicia ahora de amor, de cordialidad, de comprensión, de cristiana convivencia por los países americanos a los que tanto ama. Al estrechar la mano de García Sanchiz y recoger mis cuartillas, al hablar de su tarea le recuerdo, a propósito de España y su sombra de afectos y de cariño en América por medio de su palabra, la sentencia árabe: "La semilla la tengo yo, los surcos los abres tú".

J U L I O R O M A N O